

CARTILLAS DE DIVULGACION ECUATORIANA Nº 21

**ES GLORIA DE QUITO
L. DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS**

Emilio Uzcátegui



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA - QUITO - 1979

CARTILLAS DE DIVULGACION

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

- 1 **Aquiles Pérez:** Las Culturas Aborígenes en la República del Ecuador
- 2 **Francisco Terán:** Nuestras lagunas andinas; Historia y Geografía
- 3 **Emilio Uzcátegui:** Desarrollo de la educación en el Ecuador
- 4 **Gustavo Vásquez H.:** Cartas de Bolívar al General Juan José Flores;
Historia y Antihistoria
- 5 **Luis Andrade Reimers:** Materiales históricos para el Pacto Andino
- 6 **César Vicente Velásquez:** El reverso de la guerra entre Quito y el Cuzco
- 7 **Eduardo Martínez:** Intervención del Gobierno de Alfaro en la guerra
de los Mil Días
- 8 **Plutarco Naranjo:** Semblanza de Montalvo
- 9 **Marco A. Bustamante:** Ecuador país tropoandino
- 10 **César Vicente Velásquez:** El enigma histórico de Cajamarca
- 11 **Emilio Uzcátegui:** Reflexiones sobre nuestras grandes efemérides
- 12 **Aquiles R. Pérez:** Rumiñahui
- 13 **Luis Andrade Reimers:** La cada vez más increíble historia de Atahualpa
- 14 **Marco A. Bustamante:** La línea equinoccial en el territorio de la Repú-
blica del Ecuador
- 15 **Francisco Sampedro V.:** Las Cuevas de los Tayos
- 16 **Luis Andrade Reimers:** Las esmeraldas de Esmeraldas en el siglo XVI
- 17 **Eduardo N. Martínez:** Entrevistas presidenciales Ecuador-Colombia
- 18 **Aquiles R. Pérez:** La minúscula nación de Nasacota Puento, resiste la
invasión de la gigantesca de Huayna Cápac
- 19 **Francisco Sampedro V.:** El problema geográfico geomorfológico del Ce-
nepa
- 20 **Ricardo Alvarez:** Bolívar y Manuelita Sáenz; aspectos biográficos, episo-
dios románticos y anécdotas
- 21 **Emilio Uzcátegui:** Es gloria de Quito el descubrimiento del Amazonas

PRECIO S/. 2.—

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la
Su Venta es penada por la Ley

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

por EMILIO UZCATEGUI

Es Gloria de Quito
El Descubrimiento del
Río Amazonas

| | |
|---------------------|----------------|
| BIBLIOTECA NACIONAL | |
| QUITO - ECUADOR | |
| COLECCION GENERAL | |
| Nº | AÑO |
| PRECIO | DONACION |



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA - QUITO - 1979

ES GLORIA DE QUITO EL DESCUBRIMIENTO DEL RIO AMAZONAS

Emilio Uzcátegui

Con estas palabras, inscritas en una lápida que se ostenta en la esquina nororiental (calles Espejo y Venezuela) de la Catedral Metropolitana de Quito, se deja constancia a perpetuidad de la gran hazaña llevada a cabo por Francisco de Orellana en 1541 y 1542.

Mucho había circulado la leyenda de *El Dorado*, en donde su rey se cubría diariamente el cuerpo con polvo de oro y así revestido entraba en una laguna. Es posible que, conociendo los indios la sed insaciable de riquezas que aquejaban a los españoles, hayan inventado esta fábula con el ánimo de arrojarles a las lejanías y la espesura de las selvas orientales trascordilleras.

Muchos fueron los que, en distintas épocas, se lanzaron a la aventura. Hay cronistas que hablan de 68 expedicionarios que en 35 años habrían partido desde la Gobernación de Quito, entre las primeras la de Gonzalo Díaz de Pineda; pero todos fracasaron en la atrevida empresa.

No sólo era el atractivo del oro. En aquel tiempo en que se buscaban las especias con la misma avidez que el petróleo en el nuestro, fue gran noticia también la de la existencia de la canela, con la cual y el oro todos soñaban en enriquecerse rápidamente.

La más famosa expedición al país de la Canela, como se decía, y además con la meta de *El Dorado* fue, sin duda, la emprendida desde Quito por Gonzalo Pizarro, hermano del célebre conquistador Francisco, a la sazón Gobernador de Lima. También, aunque secundariamente, otro de los propósitos de la magna empresa, fue cristianizar a los aborígenes.

El afecto entrañable que se profesaban los dos hermanos hizo que Francisco se desprendiera de gran parte de sus tierras que le fueron asignadas por el monarca español y que nombrara a Gonzalo Gobernador de Quito y de los nuevos territorios que conquistara.

En la obra *Marañón Español* de Chantre y Herrera se lee este párrafo que es acaso el principal acicate para que Gonzalo concibiera el audaz plan de buscar nuevas riquezas en tierras orientales de Quito: "He sabido como desde los confines de Quito hacia el Levante —dice Francisco Pizarro a su hermano Gonzalo al posesionarle del Gobierno de Quito— se hallan dilatadísimas tierras no conquistadas, las cuales, de buena gana te cedo si te resuelves a la conquista, como de tu valor espero, y de tu prudencia me persuado. Para fomentar la empresa te hago desde luego Gobernador de Quito y de toda su jurisdicción vastísima. En esta rica ciudad bien poblada de españoles, numerosa, como la que más, de indios forzudos y bien trazados, abundante en víveres y socorrida de atrezos militares, hallaréis todos los socorros necesarios para la gran conquista".

Con tan buenos augurios y como autoridad suprema de la recién creada Gobernación de Quito separada de la del Perú, Gonzalo Pizarro, a poco de su llegada y toma de posesión efectiva del cargo, se dedicó a efectuar a gran escala los preparativos para su famosa expedición que comenzó a realizarla adelantándose a la concertada con Francisco de Orellana.

En el Libro de Cabildos de Quito y otros documentos se deja constancia de la cuantía de los recursos humanos y del aprovisionamiento recolectados: 220 a 300 (hay discrepancia de los datos; un número semejante de caballos; 4000 indios con sus mujeres y para abastecimiento de todos: dos mil cerdos, llamas, etc., a lo que hay que agregar numerosísimos perros amaestrados. Además arcabuses, especie de fusil antiguo; ballestas, armas para disparar flechas y bodoques; gran cantidad de municiones, y por cierto, guías conocedores de la región como Gonzalo Díaz de Pineda.

Son muchos los que han historiado las peripecias de la audaz expedición; pero el relato más digno de crédito es el del padre dominicano Francisco Carvajal, quien acompañó a Orellana desde el comienzo como capellán y, por lo tanto, tiene el valor de testigo principal y aún de ac-

tor. Por desgracia, su afamada "*Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande que descubrió por muy gran aventura el capitán Francisco de Orellana*" no se ha conservado completa en ninguna de las dos transcripciones, la de Fernández de Oviedo y la del chileno Toribio Medina, las que, por otra parte, discrepan en algunos detalles. De todas maneras parece mejor seguir en sus líneas generales el relato de Carvajal por ser de primera mano.

Las cosas iban bien mientras viajaban por el altiplano; pero al trasmontar la cordillera, con cuya sierra nevada se enfrentaron a unas siete leguas de Quito, empezaron los sufrimientos, pues en su travesía murieron helados los primeros cien indios que, como sus demás compañeros de raza e infortunio, sufrían además por las cadenas con que se les había amarrado para que no se fugaran y que debían arrastrarlas.

No bien vencidos los rigores del trasmonje de la rama oriental de los Andes, comenzaron los padecimientos de otro orden. Aunque el agua casi nunca les faltó, en momentos sufrían el suplicio de Tántalo magnificado. Llovía incesantemente, pero con las innumerables gotillas esparcidas no podían juntar un insignificante sorbo. Les rodeaba una espesa y dilatada maraña de vegetación, pero carecían de alimento, porque las plantas no eran adecuadas para ingerirlas. Densas nubes de insectos y ejércitos de arácnidos les succionaban la poca sangre que conservaban. Bandadas de aves y múltiples mamíferos esparcidos por la espesura de la selva eran difíciles de capturar excepto uno que otro y que beneficiados daban la ración de apenas un bocado por expedicionario.

Ríos torrentosos y bosques espesos les cerraban el paso. Por fin, llegaron a Zumaco a 30 leguas de Quito. Como si todos los pesares fueran poco, por esos mismos días, mientras descansaban de los rigores del viaje, sobrevino un fuerte terremoto que, supersticiosos, lo tomaron como presagio del desastre y fracaso completos.

En el pequeño pueblito de Muti les alcanzó Francisco de Orellana quien había partido de Guayaquil con un medio centenar de compañeros, habiendo invertido la ingente suma de 40.000 pesos oro en equipamiento de la expedición o sea, "en caballos e municiones e aparejos para la guerra".

La llegada de Orellana, si bien significaba apreciable refuerzo de combatientes en cuanto a alimentos, aumentó las dificultades ya que en

su viaje desde Guayaquil lo había perdido todo, al extremo de decirse que sólo había salvado su espada y su rodela o escudo. El y sus compañeros perdieron caballos y ropa.

Los males se sucedían uno tras otro sin clemencia. Algo así como la mitad de los cuatro millares de indios había muerto, como también muchos españoles. Habían consumido los cerdos y las llamas y hasta los perros eran ya pocos, pues, ante la necesidad, hubieron de comérselos. Caballos asimismo quedaban escasos y como, en vez de servirlos eran un estorbo, se los comían.

Con la esperanza de mejorar de suerte, Pizarro ordenó construir un bergantín para surcar el río y procurarse comida. Aunque Orellana no fue de este parecer, el barco se hizo, acopiando madera, ideando medios para forjar clavos y utilizando resinas para suplir la falta de brea. La decisión era justificada, ya que el río en este lugar (Quema o Gue-ma) a 130 leguas de Quito se mostraba infranqueable con su media legua de ancho.

Más hambrientos y desesperados que nunca y desvanecida la felicidad que proporcionó al principio el empleo del barco, Pizarro comisionó a Orellana para que explorara en el bergantín aguas abajo en busca de procurarse alimentos.

Partió Orellana dejando al Jefe en muy triste condición, pues muchos españoles y la gran mayoría de los indios habían muerto, algunos literalmente de hambre. Sin embargo tampoco era mejor lo que a él mismo le esperaba.

Avanzaron los días. Orellana había prometido regresar dentro de doce; pero ésta era una empresa imposible dado lo torrencioso del río y la carencia de medios. Consultado el parecer de los navegantes, casi todos se pronunciaron por proseguir el viaje, por más que ello también implicaba el afrontamiento de serios peligros. El propio padre Carvajal dice: "elegimos de dos males el menor".

Esta decisión que tuvo que aceptar el Jefe de la tripulación ha dado origen a que se hablara de la traición de Orellana, criterio que al principio lo sustentó también González Suárez en su *Historia General de República del Ecuador*; pero que lo analiza y desvanece totalmente Toribio Medina, por lo que en el VI tomo de su historia lo rectifica el mismo arzobispo historiador. Por nuestra parte, opinamos que no había

otra decisión, como que los cálculos de Orellana se justifican sin lugar a dudas al recordar el dramático regreso de Gonzalo Pizarro a Quito que le demandó más de dos años y la pérdida de todos los indios y de alrededor de 200 españoles, pues sólo pudieron volver 80, todos ellos apenas cubiertos sus genitales con pieles de venado, extenuados, sucios, hambrientos, cubiertos de llagas y cicatrices y que apenas podían sostenerse en pie.

Lo inhóspito del ambiente y lo correntoso del río impedían una decisión, pues cualquiera que se tomara significaba la muerte por las pocas probabilidades de sobrevivir. El dilema era morir en la selva o aventurarse en el frágil barquichuelo, en ambos casos sin opción de regreso. Como medios heroicos: remar hasta la exhaustión o desbrozar la tupida selva hasta el agotamiento. No es aceptable que "un proyecto de codicia y de gloria" haya impulsado a Orellana como en primer término asevera González Suárez. ¿Cómo si hasta en lo religiosos que eran, les llegó a flaquear su fe? Más creíble es que se les agotó su ambición de oro y que su mayor anhelo era hallar seres humanos, así fuesen antropófagos o caníbales; si hasta la ingestión de alimento propicio era un tormento tras tantos días de obligado ayuno! Leamos lo que refiere el padre Carvajal: "Comíamos cueros de sillas e arcones, e también los de venado de las petacas o sestas que enforradas en ellos estaban (. . .) e algunos cueros de dantas, sin perdonar las suelas e zapatos que se hallaban en la compañía . . ." Algunos comían hierbas no conocidas y por fin hubieron de comer hasta el escaso trigo y la insignificante harina que portaba el capellán para hacer las hostias requeridas para las misas.

También es constante que Orellana quiso ayudar a Pizarro y pidió que seis ballesteros españoles regresaran con dos negros y algunos indios; pero fracasó el proyecto porque sólo tres estuvieron resueltos a hacerlo, no obstante la recompensa de mil castellanos que se les prometió.

El 1º de enero oyen algo así como un tamborileo; pero como nada veían, supusieron que era una ilusión suya. Sin embargo al otro día salieron de su error, pues el redoble era más claro y se puso en evidencia cuando, tras nueve días de hambre y padecimientos, arribaron al pueblo de los irimaraes en donde hallaron maíz, pescado y ají que los recogieron en abundancia repletando el bergantín y las canoas que lo acom-

pañaban. Los indios moradores de la comarca se mostraron generosos brindándoles pescado, aves, manatíes, tortugas y hasta carne de mono. En retribución amistosa se les obsequió ropas, chaquiras y otras baratijas.

Ante la copiosidad de los alimentos, Orellana deseaba compartirlos con Pizarro y los compañeros rezagados; pero ya sabemos que apenas tres admitían arriesgarse a un retorno de 200 leguas aguas arriba. Por lo demás, tampoco su propia suerte estaba asegurada, ya que lo único que sabían a ciencia cierta es que siguiendo aguas abajo, el río los conduciría al mar, única esperanza de salvación.

Había que proseguir y con este propósito vieron la conveniencia de aprovechar la buena acogida de los irimaraes y construir un nuevo bergantín, tarea a la que dedicaron 35 de los 40 días que permanecieron en el pueblo Imara y que demandó desde la fabricación de 2.000 clavos. Gracias al buen trato que esta vez les daban los españoles, los indios les ayudaron a construir su buque.

A bordo del nuevo barco, mejor y más amplio que el que traían, subieron 30 españoles, ocupando el otro los 20 restantes.

No puede desconocerse que un factor que favoreció a estos "argonautas de la selva" fue la circunstancia de que Orellana había aprendido el idioma de los aborígenes y que tenía una gran habilidad para comprender y para hacerse entender.

En cambio, peor o más grave que las otras molestias fueran las espesas nubes de mosquitos que atormentándolos noche y día, exigían que unos hombres les aventaran, con aventadores proporcionados por los indios, mientras los demás ejecutaban su trabajo.

Aquí oyeron hablar de un gran señor, Aparia, gobernante de esas zonas, al cual visitaron más tarde y quien les proveyó asimismo de lo que necesitaban.

Se informaron también de la existencia de las *coniu-puyaras* (grandes señoras) a las que había que temer, por su gran número, tamaño y belicosidad. Era la segunda vez que recibían noticia de estas mujeres más comunmente llamadas amazonas.

Prosiguieron su viaje el 24 de abril; pero después de un recorrido, no pudieron obtener pescado, sino hierbas y maíz tostado. Muy distinto del de Aparia fue el proceder de los caciques Machiparo y Omagua que

les recibieron en pie de guerra y a cuyos dominios llegaron el 12 de mayo. Más de cien canoas de Machiparo salieron a recibirlos y les rodearon los dos barcos, atacándolos por tierra y agua. Pelearon rudamente, mataron muchos indios y les robaron los alimentos. Sólo la superioridad de los arcabuses y ballestas frente a las flechas de los aborígenes, les permitió salir con vida, aunque no pocos españoles resultaron heridos. El pueblo asaltado estaba bien provisto. Los asaltantes observaron millares de tortugas en canales y pozos de agua.

Es de recordarse, como nota típica de los españoles, que ni en estas difíciles circunstancias, que podríamos decir de "artículo mortis", descurdaron el formalismo curialesco. Acosados por el hambre y los enemigos, tuvieron tiempo y paciencia para nombrar un escribano y sentar una acta de fundación que, como era de preveerlo, no había de tener la menor eficacia.

Conforme avanzaban, hallaban cada vez más poblaciones, varias de las cuales asaltaron para aprovisionarse de víveres, pues su lema y tarea, dadas las circunstancias por las que atravesaban, era recoger alimentos por las buenas o por las malas.

A uno de estos pueblos lo bautizaron de Loza, en razón de las tinajas o vasijas vidriadas, labradas y pintadas de diversos colores que encontraron junto con ídolos grandes, una hacha de cobre e indicios de oro y plata. Más adelante, los pueblos eran aún mejores. En uno de ellos, en una plaza se levantaban un adoratorio del Sol y una casa en donde se reunían los moradores y en los que vieron vestidos de plumas de varios colores.

Hasta el 7 de junio, víspera de la festividad de Corpus, habían recorrido cosa de mil leguas. Ahí dieron con un pequeño poblado, aunque bien provisto de pescado, al que denominaron Corpus Christi en honor a la fiesta, y en donde quisieron descansar la noche, lo que no lo lograron porque tuvieron que repeler los ataques de los indios.

Rendido de tanto pelear con los aborígenes, de arrebatarles los víveres sin consideración alguna y de hostilizarlos de toda manera, Orellana dispuso que en lo sucesivo no se durmiera en los poblados sino en el monte y que se evitara tomar los alimentos por la fuerza. Sin embargo siguieron la violencia y los vejámenes contra los indios, iniciados desde la salida misma de Quito al haberlos encadenado. Durante el nuevo tra-

to (?) incendiaron una casa con sus habitantes dentro. A un desgraciado indio lo mataron atravesándole el brazo con una flecha untada en cierta sustancia para experimentar si estaba envenenada. Cometieron otras tropelías más.

Después de pasar por muchos pueblos de las orillas del río, se enfrentaron con las afamadas amazonas que nada tenían de mitológicas. Lo único raro que se observaba en ellas era su carácter guerrero, su destreza en la pelea y que asumían el comando en la lucha. Eran altas y andaban desnudas, sin otra pieza de vestido que pequeñas bragas. Carvajal lo atestigua de esta manera: "vinieron hasta 10 o 12, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante".

Los nuevos pueblos que tocaron en su recorrido tornábanse más belicosos, el recibimiento era mayormente hostil y las flechas que les lanzaban estaban emponzoñadas. Para protegerse, Orellana hizo recurrir los bergantines con barandas hasta la altura del pecho sobre las cuales colgaron mantas. Los indios se acercaban valientemente a los barcos y disparaban con profusión. Un soldado murió envenenado por una flecha. El padre Carvajal perdió un ojo como resultado de estos combates. Se salvaron gracias a los disparos de los arcabuces y de las ballestas que hacían huír a los indios. A los muchos y graves peligros se sumó la existencia de unas islas cuyos habitantes, aunque hábiles artesanos, eran antropófagos y también el accidente sufrido por el bergantín pequeño al chocar con un tronco oculto bajo el agua.

A principios de agosto empezaron a mejorar las cosas. En un pueblo hallaron bastante maíz, sal y otros alimentos. Hasta dentro del agua apareció una danta o tapir muerto que les permitió variar un tanto la comida. Lo mejor de todo fue que empezaron a sentir el empuje de las olas, lo que significaba, sin lugar a dudas, la proximidad del mar.

En efecto, habiendo iniciado la navegación en el Coca, proseguido en el Napo, entraron en el Marañón, río que por su anchura dilatada y el oleaje les parecía el mar. Tardaron 24 días en llegar a su desembocadura; pero no estuvieron seguros si surcaban el Marañón o el Huapán.

Con las mantas que traían hicieron velas para ayudarse en la navegación; pero en todo caso se hacía muy difícil por los vientos en contra y los bajos que tenía el río. Aprovechaban el descenso de la marea para dejarse arrastrar. En compensación, la suerte les favoreció en cuanto a

los nuevos pueblos que estaban habitados por gente pacífica; sin arcos, flechas ni otros instrumentos guerreros, y lo que es más, daban evidentes señales de que tenían contacto con los colonizadores blancos.

El 24 de agosto llegaron a la desembocadura y el 26 entraron en el Atlántico; emplearon varios días en librarse de la maraña de islas hasta que toparon con la isla venezolana de Cubagua, que emerge en el golfo de Paria, unos en el bergantín pequeño que se había extraviado, el 9 de septiembre, y los del barco mayor el 11 del mismo mes.

En cerca de dos años, a contar de la partida de Gonzalo Pizarro de Quito y de Francisco de Orellana desde Guayaquil, habían recorrido 1.800 leguas hasta las bocas del Amazonas y otras 400 hasta Cubagua, o sea, un total de 2.200. Habían gastado 8 meses en explorar el río Amazonas o Maraón, el más importante del Continente.

En esta isla, Cubagua, se dispersaron los descubridores del río-mar y sólo Orellana, con unos pocos de sus compañeros de aventura, viajó a España.

Refiere González Suárez: "Orellana llegó a la Corte, alegó sus merecimientos, hizo presentes sus servicios, no dejó de ponderar las ventajas de su descubrimiento, y obtuvo que, de las provincias orientales bañadas por el Amazonas, se constituyera con el nombre de Nueva Andalucía, una gobernación, cuyo mando se le concedió a él, con el título de Adelantado".

Para disfrutar de su gobierno tuvo que hacer preparativos de dos años por falta de recursos y de piezas de artillería indispensables. Por fin zarpó con cuatro naves mal armadas, dos de las cuales hubo de perder en el trayecto, llegando a la boca del Amazonas las otras dos. Se internó por entre las numerosas islas de la desembocadura con tan mala suerte que, después de haberse mermado su tripulación y apenas construido un bergantín, Orellana fue víctima de una fiebre que le arrebató la vida en el abandonado barco.

Hemos hecho mención al principio de este relato de otras expediciones al Amazonas. La primera de ellas en la de Vicente Yáñez Pinzón; mas en realidad lo único que descubre es la desembocadura. Pero no lo exploró, por lo cual el verdadero descubridor es Orellana y con él la hoy República del Ecuador, pues su expedición partió desde la misma ciudad de Quito, agregándose a ella la procedente de Guayaquil, que recorre íntegramente los ríos Coca, Napo y Amazonas.



Después de ésta, la de mayor relieve es la emprendida casi al siglo de la de este conquistador por el capitán Pedro Texeira y que la narra el jesuita Cristóbal de Acuña bajo este título: *"Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas por el padre Christóbal de Acuña, religioso de la Compañía de Jesús, y calificador de la Suprema General Inquisición al cual fue, y se hizo por orden de su majestad, el año 1639 por la provincia de Quito en los Reinos del Perú"*.

Nos ocupamos también de ésta, pues confirma una vez más la participación activa, original y sostenida por la antigua Provincia de Quito y hoy República del Ecuador en el descubrimiento del gran río.

Son múltiples las ediciones que de esta obra se hicieron en el mismo siglo XVII, habiéndose traducido al francés, al inglés y al alemán. En la misma forma que Carvajal acompaña a Orellana, el padre Acuña, juntamente con el padre Artieda, es designado por la Audiencia de Quito para que acompañe al capitán Pedro Texeira con la misión de hacer un reconocimiento del río y presentar un informe prolijo al respecto. La publicación que lo contiene ofrece muchos datos que despierten interés y ha sido tan solicitada y consultada que en los siglos posteriores hasta el actual se han renovado las ediciones.

La relación comienza por reconocer la importancia del Amazonas como la única vía acuática que atraviesa, en una especie de canal, la parte septentrional del Continente Sudamericano desde las cordilleras muy cercanas al Pacífico hasta el Atlántico.

El capitán Texeira, los padres Acuña y Artieda un medio centenar entre españoles y portugueses salen de Quito en dirección a Pará o Belén en la desembocadura del Amazonas el 16 de febrero de 1639, a donde arribaron el 12 de diciembre después de 10 meses.

Acuña considera al Amazonas como el mayor y más célebre río del Orbe y pondera la exuberancia de ríos afluentes, de la pesca, caza, árboles frutales, tierras minerales y no deja de reconocer que "los naturales que la habitan (esa zona son) de grandes habilidades y agudos ingenios . . ."

Tras de mencionar que Perú y Nueva Granada se disputan el origen del río en sus territorios, Acuña afirma que la ciudad de Quito tiene mejor derecho, puesto que el río nace a 8 leguas del asiento de dos la-

gunas situadas al pie de los cerros Guamaná y Pulca en las faldas de la cordillera, en territorio de la Gobernación de Quito.

Su extensión la determina en 1.356 leguas "bien medidas", aunque Orellana las fija en 1.800. Corre de occidente a oriente en el costado sur de la línea equinoccial a la que sigue paralelamente y muy de cerca. Su anchura es, según este sacerdote, en general de una, dos o más leguas, aunque en el lugar más estrecho se reduce casi a un cuarto de legua dilatándose a 84 en su desembocadura en el océano. Asimismo varía la profundidad que en su mayor trayecto es de 30 o 40 brazas, pero que en sus orígenes no pasa de veinte, doce y aun ocho brazas. Por su poca gradiente y la profundidad y anchura anotadas es navegable en su inmensa extensión o recorrido. En su trayecto emergen innumerables islas de cuatro, cinco, diez y veinte leguas, fuera de otras muy pequeñas que las utilizan los Tupinambas para levantar sus moradas y también para sementeras de sus cultivos.

En cuanto a las producciones, la yuca o mandioca y el maíz crecen en excelentes condiciones, por lo que son el principal sustento de sus moradores. Con estos elementos elaboran tortas, especie de pan, y una bebida embriagante, que la fabrican también de frutas silvestres. Se nutren además de plátanos, piñas, guayabas, castañas, cocos y otra variedad de frutos; pero de preferencia lo hacen con los abundantes peces que nadan en el río y en especial del peje-buey llamado así por su gran volumen, su apariencia externa y su sabor a carne sazónada. A lo largo de todo el río crecen grandes tortugas que suministran muy buena carne y huevos para la alimentación. Los indios las cazan y las conservan en corrales con más de un centenar de ejemplares que los construyen expresamente para mantenerlas a su disposición.

En las márgenes del río se puede cazar dantas de gran tamaño, puercos, venados, iguanas, perdices y otros animales. Miel de abejas silvestres hay a cada paso.

Por lo que respecta a vegetales hace saber que existe gran variedad de plantas medicinales, árboles elevados y gruesos con maderas preciosas muy apreciados para buques y resinas, aceites, cortezas adecuadas para elaborar jarcias resistentes. Agrega Acuña que maderas tan buenas como el ébano, como igualmente cacao, tabaco y caña de azúcar crecen en las orillas en cantidades "sin duda suficientes para enriquecer, no a uno, sino a muchos reinos".

El padre Acuña se regocija en pintar el clima como templado; dice que nunca excede el calor del de Guayaquil o Panamá, y lo siente tan agradable que exclama: si no fuera por la plaga de mosquitos "se pudiera llamar a boca llena un dilatado Paraíso".

Lo descubierto estima que abarca un territorio de cuatro mil leguas en las que habitan más de 150 distintas "provincias y naciones" de bárbaros, que comercian entre sí mediante canoas. Luego entra a explicar las armas, herramientas, utensilios, dioses, hechiceros y costumbres de los habitantes de la región.

Hace ligeras descripciones de los diferentes afluentes del Amazonas y finaliza con estas palabras: "Este es en suma el nuevo descubrimiento de este gran río, que encerrando en sí grandiosos tesoros a nadie excluye; más antes, a todo género de gente convidó liberal a que se aproveche de ellos".

¡Cuán distinta la realidad actual en que las grandes potencias sudamericanas han monopolizado estos territorios en desembozados o disfrazados avances de rapiña!

No atinamos a calificar de excesivamente optimista la descripción y apreciaciones del Amazonas hechas por el padre Acuña frente a la tragedia que significó el viaje de Orellana. Pero sí afirmamos que no nos parece que hayan cambiado tan diametralmente las condiciones de vida para el viajero que recorrió el gran río un siglo más tarde que el capitán español. Lastimosamente nada nos refiere Acuña sobre las circunstancias y peripecias de su viaje. ¿Fue su barco mejor construido? ¿Dispuso de mejores medios? ¿No fue atacado por los aborígenes ribereños?

Como complemento de esta información nos parece del caso dar algunos datos modernos sobre la magnitud del gran río: su cuenca fluvial es la más vasta del mundo. Recorre el río 5.800 kilómetros, de ellos 4.500 en verdadera planicie, a tal punto que en la confluencia del río Negro su nivel apenas excede de 25 metros. Es navegable en un curso de más de 3.000 kilómetros, pero con cierto peligro en algunos sitios. Recibe el caudal de casi dos centenares de afluentes, la mitad de ellos también navegables. Su mayor anchura en la desembocadura está calculada en 100 kilómetros. Antes de esparcirse en numerosos canales que rodean muchísimas islas y que van a dar al mar, ya se registra un ancho de 16 kilóme-

tros. Descarga en el Atlántico de 60 a 140 mil metros cúbicos de agua por segundo, suma que asciende en las épocas de llena de 200 a 240 mil.

Réstanos decir que el recuerdo que hacemos de la constante participación de Quito en el descubrimiento del Amazonas y los múltiples otros viajes y exploraciones patrocinados y auspiciados por la Audiencia de Quito son un elemento histórico que justifica nuestro derecho de acceso directo al gran río.